



TU
AMIGO
INVISIBLE
2



SANTIAGO L. SPERANZA

TU
AMIGO
INVISIBLE
2

 Editorial El Ateneo

TAL

Tu amigo invisible 2

© Santiago L. Speranza, 2024

Derechos mundiales exclusivos de edición en todas las lenguas

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2024

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Coordinación editorial: Marina von der Pahlen

Edición: Melanie Milagros Sanz

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de Diseño: Marianela Acuña

Armado de interior: Valeria Miguel Villar

Ilustraciones: Luciana Bertot, @lulybot

ISBN 978-950-02-1506-0

1ª edición: mayo de 2024

Impreso en Latingráfica,

Rocamora 4161,

Ciudad Autónoma de Buenos Aires,

en mayo de 2024.

Tirada: 4.000 ejemplares.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Speranza, Santiago

Tu amigo invisible 2 / Santiago Speranza ; Ilustrado por Lulybot. - 1a ed -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2024.

384 p. : il. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-950-02-1506-0

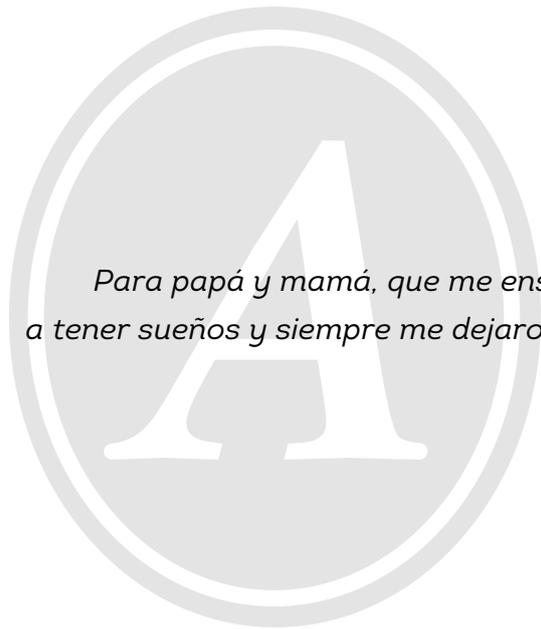
I. Novelas Policíacas. 2. Novelas de Suspense. 3. Literatura Juvenil Argentina.

I. Lulybot, ilus. II. Título.

CDD A863.9283

Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales, es pura coincidencia. De ningún modo se proponen sugerencias y/o consejos. Grupo Ilhsa S.A., sus socios, empleados y/o directivos no se responsabilizan por los resultados de otros usos del presente libro.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).



*Para papá y mamá, que me enseñaron
a tener sueños y siempre me dejaron volar.*

Playlist



07:15 07:46

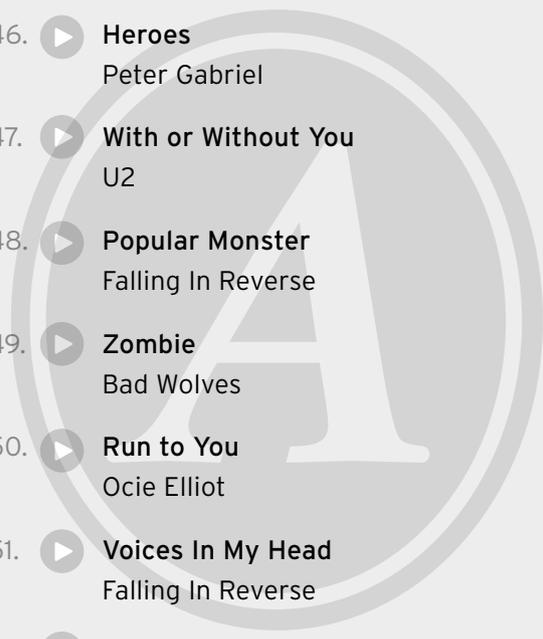
◀ || ▶

1.  **Dance with the Devil**
Breaking Benjamin
2.  **The Game**
Poets of the Fall
3.  **On My Own**
Ashes Remain
4.  **The Kill (Bury Me)**
Thirty Seconds To Mars
5.  **I Don't Care**
Fall Out Boy
6.  **Gasoline**
Måneskin

7.  **Everybody Hurts**
R.E.M.
8.  **Down with the Fallen**
Starset
9.  **Fugitivo**
Robleis
10.  **Painkiller**
Three Days Grace
11.  **Carnivore**
Starset
12.  **Cuánto me duele**
Morat
13.  **Hearing**
Sleeping At Last
14.  **Locking Up the Sun**
Poets of the Fall
15.  **Daylight**
David Kushner
16.  **Angel**
Theory of a Deadman
17.  **Fools**
Troye Sivan
18.  **We Don't Have to Dance**
Andy Black

19.  **Ciudad de pobres corazones**
Fito Páez
20.  **Antes de perderte**
Duki
21.  **Dream On**
Aerosmith
22.  **In the End**
Black Veil Brides
23.  **My Blood**
Ellie Goulding
24.  **Wings**
Birdy
25.  **Burn**
David Kushner
26.  **This Is War**
Thirty Seconds To Mars
27.  **Forever**
Labrinth
28.  **Arcade**
Duncan Lawrence
29.  **Echo (acoustic)**
Alexander Stewart
30.  **Saturn**
Sleeping At Last

- 
31.  **I Miss the Misery**
Halestorm
 32.  **this is me trying**
Taylor Swift
 33.  **Chasing Shadows**
Alex Warren
 34.  **My Demons**
Starset
 35.  **The Fear**
The Score
 36.  **Renegades**
One OK Rock
 37.  **Centuries**
Fall Out Boy
 38.  **Angel by the Wings**
Sia
 39.  **Fix You**
Coldplay
 40.  **Miserable Man**
David Kushner
 41.  **Save Me**
Poets of the Fall
 42.  **Everybody Cries**
Rita Wilson

- 
43.  **Graveyard**
Halsey
 44.  **Killer Queen**
Queen
 45.  **All Things End**
Hozier
 46.  **Heroes**
Peter Gabriel
 47.  **With or Without You**
U2
 48.  **Popular Monster**
Falling In Reverse
 49.  **Zombie**
Bad Wolves
 50.  **Run to You**
Ocie Elliot
 51.  **Voices In My Head**
Falling In Reverse
 52.  **Elastic Heart**
Written by Wolves



**BIENVENIDOS
A TAI 2**







PRIMERA
PARTE





CAPÍTULO 1

RESURRECCIÓN



Dance with the Devil
Breaking Benjamin

Damián Barrios no creía en la resurrección. Nunca había sido un hombre creyente, así que le fue fácil responderse cuando se preguntó si alguien era capaz de resurgir de sus propias cenizas o de caminar entre los muertos. Para él eran cosas que se veían solo en las películas o en uno de esos capítulos tan complicados de la Biblia.

Pero por más que todos sus instintos le rogaran coherencia, Barrios creía que Julián era capaz de volver de ultratumba con tal de seguir destruyendo lo que se cruzara en su camino. Era en lo único que podía pensar. Incluso si su muerte se había consumado en una sucia y oscura calle de la Argentina, su resurrección todavía era posible, una resurrección cruda y despiadada.

El renacimiento de un monstruo, que si era recibido y acogido por las manos erróneas, podía dar rienda suelta a un psicópata que no tenía límites ni reproches. Un monstruo que Barrios no supo ni pudo controlar y que derribó cada capa de estabilidad que le quedaba para dejarlo sin nada.

Estaba vacío.

—¿Otra copa? —preguntó el *bartender*, quien, acostumbrado a la rutinaria presencia de Damián en el bar porteño, trataba de sacarle provecho a su condición de alcohólico.

El exdetective asintió con la fuerza que encontró e hizo lo único que sabía hacer desde que lo despidieron de la policía: beber whisky hasta olvidarse de la miserable persona que era. A veces, si tomaba lo suficiente, la voz de Mariano se cansaba y se callaba en su cabeza. La de Belén le hablaba por lo general tímida y se perdía con la del resto. La de Sebas, al revés: retumbaba en la mente de Barrios con sus gritos, como si el eco que lo atormentaba le recordara los últimos segundos de vida del adolescente.

Damián lograba su cometido cuando perdía la conciencia y dejaba de recordar a todos aquellos a los que no había podido salvar: su esposa, por supuesto, y la decena de chicos que habían muerto por su ineficacia y su estupidez. Sus jefes nunca se lo perdonarían. Los padres de los hijos que TAI había arrebatado nunca se lo perdonarían. La sociedad entera nunca se lo perdonaría.

Él nunca se lo perdonaría. Cada día que se levantaba por la mañana deseaba que el comandante del Grupo Halcón no lo

hubiera salvado del padre de Julián. Deseaba que esa bala le hubiese atravesado el cráneo con toda la elegancia y la piedad que ahora su vida no tenía. Pero la suerte del exdetective se había acabado hacía rato, ya no tenía a nadie a quién rogarle el regalo de la muerte.

Barrios metió una de sus manos en el bolsillo y sacó su billetera del jean. Al abrirla, la foto de su difunta esposa se le apareció detrás del plástico en el que hacía años la había guardado. Un recuerdo de su luna de miel en las playas de México, los dos sonriéndole a un loro que se había parado sobre el hombro del exdetective. Damián no pudo evitar emocionarse con la pequeña imagen, y se imaginó lo que sería tener la posibilidad de volver a estar en sus brazos, por más que fuera un gran y enorme anhelo que nunca podría cumplir. ¿Qué pensaría Julieta de él ahora? Seguramente ella lo odiaría y despreciaría, como había hecho todo su círculo social después de su muerte, y toda la estación de policía después de que TAI se le escapara.

La cabeza estaba empezando a pesarle, así que debía apurarse si quería volver a su departamento manejando y poder dormir en su cama. Pagó con lo poco que tenía y se levantó de la barra para salir del bar, pero, en el momento en que se movió de su asiento, sintió el contacto de una mano en su espalda baja que lo obligó a sentarse otra vez. La mano no lo agarró con fuerza ni le llamó su atención con brusquedad. Por el contrario, había cierta sutileza en la forma en la que había decidido tocarlo.

Era la mano de un niño, que ahora escondía ambos brazos detrás de su espalda.

—¿Qué querés, nene? —Barrios había perdido parte de sus modales, ya no era el hombre respetado que muchos habían conocido en el pasado.

El chico sonrió con ingenuidad y reveló por primera vez lo que ocultaba tras su pequeño cuerpo: un sobre blanco e impoluto, que ahora era depositado en las manos del exdetective.

—¿Q-quién te dio es-esto? —balbuceó, su mente, rebosante de dudas, su cuerpo, de hielo.

—Me regaló un chocolate —contestó el niño con una nueva sonrisa infantil antes de irse sin ninguna otra explicación, ignorando la pregunta que le habían hecho.

Damián no tuvo que abrirlo para saber quién era el autor de la carta. Su cuerpo se encargó de decírselo: sus piernas, débiles; sus manos, en un temblequeo constante; su corazón, latiendo tan fuerte que temía que se saliera de su pecho.

Destrozó el sobre de un tironeo brusco. Estaba enojado, pero tenía miedo. Sentía adrenalina, pero también estaba paralizado. Las emociones contradictorias convivían en él en completo caos. Supo que cuando leyera el contenido de la carta no habría vuelta atrás, pero lo hizo de todos modos:

Hay que volver a los inicios para comenzar de nuevo.

Leyó cada palabra una por una, varias veces, como si así pudiera cambiarle el significado. Para cuando bajó la vista y se encontró con la firma de Julián, un escalofrío recorrió su cuerpo. La sigla no estaba escrita con la misma lapicera azul que el resto. Por el contrario, “TAI” estaba resaltado en un rojo que ningún resaltador, lápiz ni fibra podían copiar.

Un rojo escrito con sangre.

El exdetective no tuvo más que remedio que seguir bajando y encontrarse con la posdata que confirmaba sus sospechas:

PD: Nachito me ayudó a firmar. ¿No es un amor?
Le hice un cortecito nada más, jno sabés lo que te
extraña! Dice que espera verte pronto.

Barrios dejó caer la carta sobre la barra. Su mirada se perdió en el horizonte de las botellas de alcohol que estaban presentadas frente a él en el bar. Empezó a barajar sus opciones, pero rápidamente se dio cuenta de que no tenía ninguna. ¿Qué iba a hacer? ¿Llevarle la carta a sus excompañeros (de los cuales ni siquiera sabía quién podía ser corrupto o no) y decirles que debían volver a buscar a Julián? Nadie le creería. Su reputación hacía rato que se había manchado. Nadie querría escucharlo, no después de que un país entero lo culpara por haber dejado escapar al asesino nacional más buscado.

Su única opción era seguirle el juego. Un juego que, como Damián bien entendía, se había tornado personal. ¿Por qué, si no, elegirlo a él por sobre los millones de personas con las que TAI podía divertirse? Había un elemento de venganza, y Barrios lo sabía. Barrios mismo, de haber tenido los recursos, habría hecho lo imposible por hallar a Julián y lastimarlo.

—Hijo de puta —susurró antes de salir despedido del bar con esa sumatoria de emociones tan conflictivas que lo habían embargado, en la que ahora reinaba un profundo enojo.

Quería ahorcar a ese chico con sus propias manos. Eso lo tenía claro. Damián, junto a muchas otras cosas, había perdido su sentido de la justicia cuando su estabilidad emocional comenzó a caer en picada. No había blanco y negro en sus pensamientos, solo negro, negro y más negro. Sin embargo, la invitación de Julián, de una forma retorcida, le había dado algo que no creía ser capaz de volver a encontrar: un propósito.

Esta vez no se le escaparía. Podía tratar de salvar a Nacho y a Estefi, y limpiar una minúscula parte de su conciencia en el proceso. Podía dejar de sentirse el peor inútil del mundo.

El destino le estaba dando una segunda oportunidad que él no iba a dejar pasar. Así que iría hasta el fin del mundo con tal de encontrarse con Julián y darle fin a lo que habían comenzado.

Cuando llegó hasta su viejo y sucio auto después de caminar un par de cuadras, ya sabía adónde tenía que dirigirse. Los tres vasos de whisky, en este caso, le habían aguzado sus sentidos detectivescos.

—En los “inicios” te voy a recontra cagar a trompadas, sorete —le dijo a la nada misma cuando encendió el motor y empezó a maniobrar el volante. Solo había un lugar al que TAI podía estar refiriéndose: el ahora abandonado colegio Alfonsina Storni.

Recorrió los kilómetros hasta la escuela en el mismo silencio que se había acostumbrado a viajar: un silencio crudo, que le recordaba su eterna soledad. Cuando llegó hasta la entrada, no tuvo mejor idea que estacionar en la línea amarilla y arriesgarse a que le pusieran una multa por dejar el auto donde no debía. Pero no le importó. Por supuesto que no le importó. Lo único por lo que en verdad decidió movilizarse se encontraba en algún lugar de esa escuela desierta.

Deseaba que Julián lo estuviera esperando adentro. Barrios sentía tanto odio, tanto dolor reprimido, que no confiaba en sus propios impulsos. Sabía que hasta podía convertirse en un monstruo. No tenía nada que perder.

Se metió al Alfonsina Storni por un hueco de la reja que había sido cortada. Atravesó la entrada y por un segundo visualizó cuando esa escuela estaba llena de vida. Ahora la alegría de la juventud era reemplazada por persianas caídas y pasto sin cortar. Para cuando pasó la puerta y se enfrentó al largo pasillo por el que tantas veces había caminado, el recuerdo de las tragedias lo acechó al ritmo de las voces de los chicos, que incrementaban sus gritos agónicos a cada paso que se atrevía a dar:

“Me prometiste que me ibas a proteger, forro”, le decía Pedro.



“¿Por qué dejaste que me prendieran fuego? ¿No ves que mamá me necesitaba?” le recriminó Ramiro.

“Te tendría que haber disparado a vos en vez de a Julián”, lo atacó Diego.

Avanzó por las aulas tratando de ignorar las súplicas y los insultos que venían de sus propios fantasmas. La tarea le resultaba imposible. Cada vez que se acercaba un poquito más al salón de tercer año, los ruidos eran más ensordecedores. Los chicos nunca se callarían, lo perseguirían hasta que Damián diera su último aliento.

Sin embargo, cuando puso un pie dentro del aula en la que tantas veces había estado, el bullicio fue reemplazado por un silencio absoluto. Era como una especie de respeto consensuado entre los que ya no estaban, que anunciaba que alguien se estaba metiendo en un lugar sagrado, aquel espacio en donde todos habían estado juntos antes de que sus cuerpos empezaran a desvanecerse ante la muerte.

No era un silencio que pudiera dejar a nadie tranquilo.

Barrios rebuscó desesperado por cada rincón, esperando encontrarse con algún indicio de Nacho, Estefi o, mejor aún, de Julián. Pero ni secuestrador ni víctimas parecían haberse acercado a la escena, lo que lo dejó tan decepcionado que tuvo que apoyar su peso sobre una de las sillas para poder mantenerse de pie. Si TAI no pensaba presentarse en carne y hueso, ¿a qué estaba jugando?

Damián no tuvo otra opción más que acercarse hasta el centro del aula, donde un proyector se sostenía en dirección al pizarrón sobre uno de los bancos. A su lado, un pequeño papel escrito con la misma lapicera azul que había visto en la carta que le dio el niño:

Bienvenido, Damián. Dale play a tu próximo infierno.

Damián ahora no fue capaz de soportar su peso y se desplomó en una de las sillas. No quiso preguntarse quién había sido el dueño de ese asiento en el pasado. Solo quería escuchar lo que Julián tenía para decir y salir de ese lugar que tanto lo atormentaba lo antes posible.

Cuando le dio *play*, la silueta oscura y misteriosa de un chico con un buzo rojo se presentó frente a él. Para cualquier mortal, reconocer a la persona del otro lado de la pantalla habría sido imposible, pero Damián no era cualquier mortal. Damián sabía quién era exactamente el que le hablaba a través de ese modificador de voz.

El amigo invisible al que no había podido vencer.

¡Damián! Capo. Ídolo. Figura. ¿Cómo estás? O debería decir... ¿Cómo están tus botellitas de whisky? Qué tiempos, eh. Me gusta que, a pesar de la inflación, vos no dejes de darte tus gustos.

Lamento decepcionarte. Imagino que esperabas encontrarme en el aula... quizás apuñalarme por la espalda para que por fin te saliera una bien. ¡Retriste que no sea así!

Pero bueno, vamos a lo importante: sigo teniendo a Nacho y a Estefi. Están bastante bien, pero me estoy cansando un poco de ellos... y ya me dieron ganas de complicar las cosas un poquito.

Vos podés salvarlos. ¡Ay, qué lindo sería! Pero también podés ser el responsable de su muerte. Ambos sabemos que no podés cargar con la culpa de dos muertes más en tu larga lista, así que por eso estuve diseñando algunos nuevos... "jueguitos" para que te diviertas.

Si ganás, felicitaciones. Te voy a esperar acá, en casita, con un mate y medialunas para que puedas liberarlos y nosotros tengamos una linda última conversación de amigos. Pero si perdés, si fallás, si te morís antes de lo que te toca morirte, si hablás con la policía o empezás a hacer cagadas..., los chicos van a sufrir y después se van a morir. Los voy a ir rebanando, dedito por dedito, y te los voy a poner en la comida para que te los comas.

¿Estás dispuesto a sufrir para salvarlos o, mejor todavía, para darte el gusto de encontrarme? Yo creo que sí, porque no te queda nada en este mundo de mierda. Solo la sensación de culpa y de venganza. Me necesitás, boludín,

como yo te necesito a vos. Vos arruinaste mis planes, hiciste que mataran a papá y que capturaran a mi vieja. ¿Y sabés qué le pasó a ella? La hicieron concha cuando fue presa. Por tu culpa soy un huérfano, así que ahora te toca pagar. ¿No es maravilloso mi plan? Estoy seguro de que vos habrías hecho lo mismo en mi lugar. Si es que te digo, somos mucho más parecidos de lo que creés.

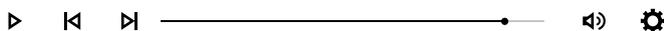
Así que, ¿qué decís? ¿Volvemos a jugar a mi juego?

Ponete la cámara que te dejo como regalo, no te la saques. Descargate una aplicación en el celular, te dejé un papelito con el instructivo. Ahí vas a recibir algunos mensajitos míos cuando te estés portando mal. Y después, empezá a rezar. Vas a necesitar de la ayuda hasta de los Power Rangers para no querer tirarte de un cuarto piso cuando empieces a jugar. Acá está tu primer desafío:

“Aquella experta del cuerpo y la naturaleza reposa en un espacio lleno de almas en pena, el lugar más cercano a la escuela donde lo perdiste todo. La clave está en su pecho, jeso es un hecho!”.

Gracias por inspirarme tanto. Gracias a vos, TAI está más vivo que nunca. Porque TAI nunca muere.

Hasta pronto, Damiancito.



Barrios detuvo la reproducción. No quería escuchar la voz del asesino más de lo que necesitaba. Reconocía lo nervioso que estaba. Volver a meterse en su juego era peligrosísimo. Si lo hacía, ¿podría recuperarse algún día?

Pero Julián Márquez ya lo había destruido a tal punto que no había razones para estar nervioso. Si el asesino quería recoger sus esparcidas piezas y convertirlas en polvo, Barrios lo haría con tal de ponerle fin a esta guerra.

No hay nada más peligroso que una persona rota. Damián lo sabía, así que tomó la cámara que Julián le había dejado y salió del aula con los gritos de los chicos a sus espaldas, que habían reemplazado el silencio por un pedido de clemencia, un pedido de justicia.

Entendió que era el único que podía salvarlos, y lo haría... o caería en el intento.

